

DOSIER MONOGRÁFICO:  
**BENDECIR LA REVUELTA**

COORDINADO POR  
Giuseppe Mrozek Eliszezynski  
(Università “G. D’Annunzio” de Chieti-Pescara)

Durante un taller de jóvenes investigadores celebrado en 2016 en la Universidad de Trento nació la idea, hoy materializada en este excelente monográfico, de analizar de forma sistemática y comparada el protagonismo político que algunas figuras del alto clero católico desempeñaron en la crisis de la Monarquía española de la década de 1640. A la cabeza de esta empresa científica y editorial se puso Giuseppe Mrozek Eliszezynski, uno de los mejores modernistas italianos de la última generación y buen conocedor del Nápoles de mediados del siglo XVII. Parecía coherente que de un seminario de jóvenes investigadores saliera también el joven coordinador que ha hecho posible las brillantes y originales páginas que siguen. La intervención de Mrozek Eliszezynski en Trento estuvo dedicada a la figura del cardenal Filomarino durante la revuelta napolitana de 1647-1648, lo que dio pie, a quienes allí asistíamos como comentaristas, a la necesidad de ampliar el conocimiento de los grandes eclesiásticos “en revuelta” que ya se conocían, en Europa y en América, así como de compararlos. Prelados, pues, de altos vuelos y de ambos hemisferios españoles que no perdieron la ocasión de jugar la baza del poder en pleno marasmo del reinado de Felipe IV.

Fue un honor para la Escuela Española de Historia y Arqueología del CSIC en Roma acoger el seminario “Obispos y arzobispos en revuelta. La autoridad eclesiástica y la crisis del mundo hispánico (1640-1650)”, que tuvo lugar el 14 de noviembre de 2017 bajo la dirección de Giuseppe Mrozek Eliszezynski y coordinado por mí. La ausencia de Cayetana Álvarez de Toledo, invitada para tratar del caso del arzobispo Palafox en Nueva España –y sustituida en este monográfico por otro gran especialista, Pierre Ragon–, fue compensada por la agudeza y calidad de los demás ponentes, en particular de dos expertos de máximo nivel como Pedro Paiva, que trató el caso del arzobispo de Lisboa en 1640, y Manfredi Merluzzi, que se ocupó del obispo de Asunción por los mismos años, acompañados ambos por Mrozek Eliszezynski, que profundizó en la ambigüedad de Filomarino. A este núcleo inicial se ha unido ahora Ida Mauro con una contribución esencial referida a la Cataluña rebelde o, por decir mejor, a la Cataluña partidaria de Felipe IV. De las intervenciones referidas y de la discusión final afloraron un conjunto de ideas notables, de las que cabría destacar al menos tres.

En primer lugar, todos los ponentes coincidieron en el método seguido para descifrar el papel desempeñado por nuestros personajes. La reconstrucción biográfica de cada uno de ellos, obviamente, se imponía como camino obligatorio para descodificar mejor sus actuaciones respectivas durante las crisis. Así, se vio que antes de cada uno de aquellos estallidos en Lisboa, México, Asunción, Tortosa y Nápoles,

no hubo elementos o episodios que estuvieran anunciando –al menos no indiscutiblemente– las futuras toma de posición a raíz de los conflictos. Las tensiones inherentes al ejercicio de los cargos de obispo y arzobispo, por ejemplo, eran tan habituales y comunes que impedían presagiar hechos tan impactantes como los cambios de lealtad de un soberano a otro que luego tuvieron lugar. Fueron, pues, las circunstancias absolutamente únicas de aquella coyuntura y la urgencia de tener que decidir ante la presión de otros poderes civiles, lo que generalmente decidió la actuación política de los prelados. Unos prelados, como también quedó patente en el seminario -y esta sería la segunda conclusión-, que no parecen haberse movido como agentes instigadores o iniciadores de las revueltas, sino más bien como colaboradores (de lujo) solo a posteriori y ante hechos consumados. Con matices, los obispos y los arzobispos no desencadenaron las graves sacudidas de los años 1640, pero algunos de ellos no dudaron en seguirlas una vez en marcha incluso para hacerlas irreversibles.

Esta prudencia inicial seguramente respondió a la naturaleza eclesiástica de nuestros protagonistas, siempre a caballo entre la lealtad a Roma y al Rey Católico. De hecho, la tercera conclusión del simposio consistió en atribuir a esta doble identidad política –el servicio a dos soberanos– la imprevisibilidad del comportamiento de los prelados ante una revuelta, su (aparente) inhibición durante los preparativos y la ambigüedad con la que algunos se condujeron durante el desarrollo de las rebeliones hasta que la situación volvía a estabilizarse. Protegidos jurídica y políticamente por su pertenencia al estamento eclesiástico (y a lo más alto de él), y socialmente imprescindibles por su ascendencia espiritual y comunitaria, todo indica que fueron conscientes de la necesidad de graduar su innegable poder durante aquellos conflictos, ante los que era imposible permanecer al margen, y que aprendieron a sortear, mediante oscilaciones bien calculadas, el obstáculo representado por una corona cada vez más autoritaria y regalista sin por ello dejar de servir a la Iglesia. Débiles en cuanto carecían de los mecanismos del poder civil para orquestar levantamientos, sin embargo demostraron todo su peso cuando decidieron secundar las revueltas y, literalmente, *bendecirlas*, o bien cuando optaron por oponerse a ellas. Si algo emerge nítido del estudio de estos aristócratas de Dios ante el ciclo más convulso de la España moderna, es el reto de entender por qué hasta ahora no los habíamos contemplado juntos.

Rafael Valladares  
(Escuela Española de Historia y Arqueología del CSIC en Roma)